



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LA COMUNIDAD POLACA DE ROMA

Sala Pablo VI

Lunes 23 de diciembre de 1996

*Venerado hermano;
señor embajador;
queridos compatriotas:*

1. Mañana, a medianoche, resonará en toda Polonia el canto navideño: «En la noche profunda resuena una voz: ¡Ánimo, pastores, Dios nace por vosotros! Apresuraos a ir Belén a saludar al Señor».

Estos versos navideños traducen con el lenguaje del canto el relato del evangelio de san Lucas, que se proclamará durante la «Misa de los pastores». María y José fueron a Belén para empadronarse, de acuerdo con la orden de las autoridades romanas. Durante la noche, «sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento, y dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento. Había en la misma comarca unos pastores, que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño. Se les presentó el ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió en su luz; y se llenaron de temor. El ángel les dijo: "No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor; y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre"» (Lc 2, 6-12).

Leeremos la continuación de este pasaje durante la misa de la aurora. Cuando los ángeles se fueron, los pastores decidieron ir a Belén. Se pusieron en camino a toda prisa, y «encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, dieron a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel niño; y todos los que lo oyeron se maravillaban de lo que los pastores les

decían» (Lc 2, 16-18). Todo esto se refleja en el canto navideño con un lenguaje poético y musical.

Lo que el canto *En la noche profunda* ha expresado como relato, el maravilloso canto navideño polaco *Nace Dios*, escrito por Francisco Karpinski, poeta del siglo XVIII, lo transforma en mistagogia, en un himno que introduce en el misterio.

«¡Nace Dios, el poder del hombre queda anonadado, el Señor de los cielos se despoja! El fuego se amortigua, el fulgor se vela, el Infinito se pone límites».

Con estas palabras, el poeta ha presentado el misterio de la encarnación del Hijo de Dios, recurriendo a los contrastes para expresar lo que es esencial al misterio: Dios infinito, al asumir la naturaleza humana, asumió al mismo tiempo los límites propios de la criatura. Y sigue: «...el Infinito se pone límites. Despreciado, revestido de gloria, Rey mortal de los siglos».

Y, por último, el canto navideño recurre a las palabras de san Juan: «Y la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros».

Así, estas estrofas navideñas han traducido con un lenguaje musical lo que encierran las lecturas de las tres santas misas de la Navidad del Señor: la de medianoche, la de la aurora y la del día.

2. Mientras pienso en estas expresiones de la religiosidad popular, me vienen a la memoria todos los demás cantos navideños, que tienen una gran riqueza musical, poética y teológica. Recuerdo también las iglesias polacas donde resuenan las melodías sublimes, llenas de alegría, y a veces de melancolía, conmovedoras por su tono y sus contenidos, que cuentan las profundas verdades relacionadas con el acontecimiento y el misterio del nacimiento del Hijo de Dios. Recuerdo Nowa Huta, donde en la noche de Navidad celebraba la «Misa de los pastores», o en Biencyce, o en Mistrzejowice, o en Wzgórza Krzeslawickie, en los tiempos en que había que luchar por la construcción de las iglesias. Entonces los cantos navideños eran el signo singular de la unión de la gente que iba, como en Belén, a Cristo, que «no había encontrado sitio». Esas mismas personas querían invitar a Jesús a su corazón, a sus comunidades y a su vida diaria. Los cantos navideños no sólo pertenecen a nuestra historia, sino que, en cierto sentido, forman nuestra historia nacional y cristiana. Son muchos, y de gran riqueza espiritual. Unos son antiguos y otros actuales, unos litúrgicos y otros populares. Recuerdo, por ejemplo, el así llamado canto navideño de los montañeros, que tanto nos gusta escuchar: *¡Oh pequeño, pequeño!*

No hay que perder esta riqueza. Por eso hoy, al partir con vosotros el pan blanco de Navidad, deseo que todos vosotros, queridos compatriotas que estáis en la patria o aquí, en Roma, o en cualquier parte del mundo, cantéis los cantos navideños, meditando en lo que dicen, en su contenido, y encontréis en ellos la verdad sobre el amor de Dios, que se hizo hombre por nosotros.

En este intercambio de felicitaciones podrían introducirse aún muchos elementos, escuchando los cantos navideños. Pero me agrada recordar el anuncio jubiloso de la paz: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad» (Lc 2, 14), junto con el canto navideño *Mientras Cristo nace*.

Este canto me resulta particularmente elocuente este año, durante el cual el Papa procedente de Polonia ha podido estar ante la Puerta de Brandeburgo, en Berlín. Fue una experiencia muy profunda también para el canciller de la moderna Alemania Helmut Kohl, que me acompañaba en esa ocasión. Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad, son las palabras del canto navideño *Mientras Cristo nace*.

Por último, volviendo al canto *Nace Dios*, deseo terminar dirigiendo la ferviente plegaria a Jesús recién nacido:

«¡Levanta la mano, divino Niño!

Bendice la querida patria

con buenos consejos y con bienestar.

Sostén su fuerza con la tuya.

Bendice nuestra casa

y toda la heredad

y todas las aldeas y ciudades.

Y el Verbo se hizo carne

y habitó entre nosotros».

Os deseo una feliz Navidad a todos vosotros, a vuestras familias, a nuestros compatriotas que viven en Polonia, así como a los polacos de todo el mundo. ¡Que Dios os recompense!